

# El modelo y el orden

Adán Salinas Araya  
Universidad Academia de Humanismo Cristiano  
adan.salinas@uacademia.cl

## I

Porque todo gira en torno al Modelo, a Chile Modelo. Un país surgido de la matriz sangrienta de la revolución, pero que se purifica al celebrar sus nupcias con la democracia. [...] Con las nupcias, Chile queda sin mácula y transita de la violencia al consenso.

Moulian, 1997

Muchos hemos vivido durante toda nuestra vida o gran parte de ella en esto que se conoce como “neoliberalismo”. Desde aquí enfocamos nuestras investigaciones, pensamos, imaginamos. Esto, ha constituido nuestra realidad social, y por fuerza también el prisma de observación.

Durante mucho tiempo se entendió que el neoliberalismo era una revitalización de posturas económicas neoclásicas, que se aplicaban con renovado frescor producto del derrumbe de las potencias socialistas del siglo XX. El neoliberalismo designaba el pensamiento hegemónico y el espíritu de la época: desregulación de la actividad empresarial, privatización de medios de producción, atomización del Estado y de la acción del Estado, promoción del espontáneo mecanismo de precios como formador de los procesos sociales, todo ello enmarcado en una geopolítica de un mercado mundial en formación. Este proceso internacional llegó incluso a presentarse, en ciertas latitudes, como sinónimo de libertad y como forma prístina de la democracia.

Por supuesto en Chile era imposible pensar esto último, a pesar de que el término “libertad” insistentemente haya estado en las retóricas de legitimación, su vacuidad resultaba evidente pues el neoliberalismo había sido impuesto a sangre y fuego, y se perpetuaba mediante la ampliación de la desigualdad y de una profunda explotación a la población expresada en el

endeudamiento vitalicio para paliar condiciones de subsistencia, la expropiación de la masa financiera de la población a través de las Administradoras de Fondos de Pensiones y una exacerbación de la condición de clase que reproletariza a una enorme cantidad de la población.

El 30 de octubre del 2019, el colectivo “habitar digno” conformado por estudiantes de arquitectura dibujaron a escala real cómo es un departamento que se vende en UF 2207 unos US\$ 85.000, por supuesto a través de sistema de crédito (comúnmente de entre 25 y 30 años), en un país en que el 50% de la población gana mensualmente menos de US\$550. Esta intervención arquitectónica funciona como ejemplaridad de los vectores que antes mencionaba; pues el mercado de vivienda logra vincular el endeudamiento por largos años, la segmentación urbana y la reproletarización de la población obligada a habitar o cohabitar espacios cada vez más reducidos.



## II

Como decía ni la bandera de la libertad ni la bandera de la democracia podían ser enarboladas en Chile. Sin embargo el neoliberalismo fue un tipo de realidad transaccional de carácter hegemónico en el país, al menos por parte de los gobiernos de postdictadura, tanto por la falta de alternativas, el contexto mundial y las particulares formas políticas de la postdictadura, es decir, las de una democracia tutelada militarmente, un marco jurídico infranqueable y un pacto entre las élites, expresado como pacto entre los partidos, para que las bases de este régimen neoliberal se mantuviesen intactas.

Es muy interesante cómo el análisis del caso chileno se ha ido complejizando en el tiempo, vemos cómo se forma la idea de un “modelo chileno” ya en la década de los setenta, tanto con ánimo afirmativo como crítico. Pinto en 1981 habla de “modelo ortodoxo” o French-Davies en 1982 de “modelo extremo de economía de mercado”. En general se trata de una mirada economicista, el neoliberalismo sería equivalente a la implantación de políticas ortodoxas, o monetaristas o a una economía de mercado. El Libro de Schkolnik y Teitelboim en 1988 se titulaba “la otra cara del modelo neoliberal”, muestra no sólo los efectos de pobreza en las poblaciones, sino también la formación de una sociedad dividida entre ricos y pobres, segmentada urbanamente. El neoliberalismo no aparece ya sólo como un conjunto de medidas económicas sino como una cosa, algo que está ocurriendo en la sociedad chilena, que la configura de un cierto modo. La expresión “modelo” ha comenzado poco a poco a significar algo diferente a modelo económico. Moulian en 1997 insiste en que se forma un Estado de carácter neoliberal e incluso una particular forma de democracia en estas condiciones. Buena parte de la literatura se ha vuelto crítica de la transición, de la concertación, del modelo. El segundo informe PNUD (1998) sobre desarrollo humano, estrenaba un particular diagnóstico, en Chile había “malestar”. Las explicaciones del informe muestran un sesgo securitario, pero tuvo un impacto interesante. Cuatro libros al año siguiente se hacen cargo de esto, los títulos son demostrativos Drake y Jaksic compilan “*El modelo chileno: democracia y desarrollo en los noventa*”, Portales escribe “*Chile: una democracia tutelada*”, Briones “*La pata coja y la transición infinita*”, Joignant y

Menéndez compilan “*La caja de pandora: el retorno de la transición chilena*”. Este aire finisecular no sólo multiplica las críticas, sino que pone acentos claros en la institucionalidad política del Estado, la condición fallida de la pretendida democracia de los acuerdos. Las explicaciones del malestar son mucho más claras que las del PNUD, aunque con un marco politológico se enfocan más en la estructura y el funcionamiento político, la cuestión de la democracia.

El 2013, un libro se atreve con el título “El otro modelo” (Atria et al) y analiza el modelo chileno, para el caso, compuesto de tres dimensiones, una jurídica, una política y una económico-social. Se puede por cierto discutir este esquema y lo que se entiende por social en él. De todos modos este libro tiene la enorme virtud de introducir expresamente la constitución como pilar del modelo y la dimensión jurídica en general.

Este recorrido breve y con muchos saltos en el tiempo, nos muestra que por “modelo chileno” hay que entender no sólo unas posturas económicas, sino también una realidad social producida por la intervención económica neoliberal. De modo que neoliberalismo en el caso chileno, o “el modelo chileno” es algo de diferentes dimensiones, es un régimen.

Existe la dimensión económica, clave, observada desde el comienzo, es el epifenómeno y el centro del modelo. Luego hay una dimensión jurídico-institucional de la cual la constitución es la base, pero que comprende otros elementos como el tribunal constitucional, el rol de las fuerzas armadas, etc. Existe una dimensión cultural fuertemente desarrollada y muy compleja presente desde los sistemas educacionales iniciales hasta la educación superior, una dimensión relacionada con la competencia y la naturalización de la desigualdad. Esta dimensión contiene elementos de formación de subjetividad, principios morales, el panteón de virtudes neoliberales, la resiliencia, el empoderamiento, el emprendimiento, la responsabilización individual al fin y al cabo. Condición en primera instancia arraigada en la constitución chilena que no sólo define al Estado y sus instituciones, (objetivo expreso de una constitución); sino que también tiene pretensiones de definición cultural, asignándole por ejemplo existencia constitucional y un rol a la “familia”.

Hay una condición o dimensión tecno-epistemológica muy importante, en la que la economía y un tipo de racionalidad económica muy específica se implementan como matriz de saber y elemento de legitimación de las prácticas y las racionalidades. De modo que las prácticas sociales, los saberes en su conjunto, la vida cotidiana, deben ser sometidas a una matriz gerencial-corporativa, en la que esta particular racionalidad económica es “patrón de verdad”. Todo debe funcionar bajo una gerencia y con estándares de calidad y desempeño, una alcaldía, una universidad, un hospital, cada alcalde, profesor y médico debe encarnar un gerente.

Un elemento muy ilustrativo de esta condición es la forma en que se entiende en el régimen neoliberal la acción del Estado como acción corporativa, la participación, la forma de las políticas públicas. Se puede apreciar también un proceso de gestión y control de la población que combina elementos de endeudamiento, proletarización, segregación, represión, encarcelamiento y militarización; por una parte y, por otra, expropiación de su masa financiera, incentivo moral a la competencia y a la responsabilización individual.

Propongo estas ideas sin intención de exhaustividad; sino queriendo mostrar las facetas de un fenómeno que luego de algo más de 40 años no puede reducirse sólo a la implementación de unas políticas económicas, sino que tiene fuertes impactos culturales, institucionales, construye formas de saber, prácticas cotidianas, e influye en las autopercepciones, las formas de los proyectos de vida y la interrelación entre las personas y su entorno. El “modelo”.

### III

Ahora bien, la hegemonía de este modelo en Chile ha sido cosa de los gobernantes, el consentimiento de la población ha sido algo en disputa como atestiguan los ciclos que comienzan a organizar el malestar. Por supuesto el modelo se reproduce y está instalado en las instituciones y en la convivencia a través de mecanismos de poder, es hegemónico en cuanto al dominio generalizado, pero culturalmente ha generado un rechazo creciente. Es probable que la revuelta de octubre marque precisamente el quiebre generalizado del consentimiento al modelo. Los ciclos, organizaciones y

problemas que han organizado el malestar, han organizado igualmente prácticas, discursos y posicionamientos. Habría que revisar además de ciertos hitos en la literatura los ciclos de protestas en 2001, 2006, 2011, 2018, 2019 la creciente organización de un posicionamiento contrahegemónico de la población muy palpable ya en 2011. Aquí hay un conjunto de trayectorias de oposición al modelo, no siempre convergentes y en una cada vez mayor oposición a los partidos como agentes legítimos de representación.

Pero también conviene prestar atención a un conjunto de articulaciones que organizan posiciones no sólo en contra del modelo; sino que también en contra del orden. La propuesta de una política que no esté subordinada al sistema de partidos o incluso en contra de tal sistema, se dirige no sólo al modelo neoliberal, sino que al orden, la exigencia de una reforma social, política y en última instancia cultural que ponga fin al patriarcado, no se rebela sólo contra el modelo neoliberal. La oposición a la colonialidad de las instituciones, al racismo, la denuncia de la herencia colonizante del Estado chileno, todas ellas son posicionamientos que se dirigen a condiciones civilizatorias, y a las herencias históricas del Estado y de la sociedad chilena, anteriores al modelo neoliberal.

En tales condiciones civilizatorias y herencias políticas y culturales se juegan procesos clave. ¿Se interrogará la sociedad chilena sobre sus herencias despóticas? ¿Se interrogará a las instituciones del Estado sobre su alianza histórica y actual con el dominio de las oligarquías? Probablemente la nueva constitución derogue el modelo, o los elementos más estructurantes del mismo. No es tan claro el tema respecto al orden.

No sabría cómo llamar a este orden, en cualquier caso es un orden elitario, de herencia colonial y patriarcal, una oligarquía constitucional, en la que una elite, tiene el privilegio de las instituciones, se asegura la subordinación del poder militar, controla económicamente no sólo los medios de producción sino la gran masa de capitalización de la población. Gobierna y domina. Lo ha hecho como heredera de la corona española desde que Chile se independizó de la misma, pero heredó sus marcas de dominio, las características de sus instituciones, su división social. Se puede leer a Francisco Bilbao y luego escuchar a Los Prisioneros y pareciera que el tiempo está suspendido,

pareciera que todo, o casi casi todo, es contemporáneo. Los desafíos que nos muestran las articulaciones políticas actuales se orientan no sólo a cambiar el modelo de gobierno sino a romper las condiciones de dominio. No veo tan claro que esto último vaya a ser construido en la constitución, quizás algunas fracturas al orden pueden ser incorporadas y eso sería ya un gran paso.

De todos modos, los torniquetes del orden son más complejos que los del modelo, están mucho más arraigados en la historia y en las instituciones. Y es probable que la mayoría de la población persiga el quiebre del modelo, que sería algo y no poco. Y es probable que los elementos del orden sean más difíciles de ver. El cemento social del modelo en definitiva no ha resultado tan sólido, el orden es otra cosa. Por otra parte, la apuesta de la élite será muy probablemente mantener el orden, aunque haya que sacrificar buena parte del modelo.

#### Referencias

ATRIA, Fernando, et al. (2013) “El otro modelo”. Random House Mondadori, Santiago de Chile.

BRIONES, Álvaro. “*La pata coja y la transición infinita*”. Ediciones B, Santiago de Chile.

DRAKE, Paul y JAKSIC, Iván (1999). “*El modelo chileno: democracia y desarrollo en los noventa*”. LOM, Santiago de Chile

FFRENCH-Davies, Ricardo (1982). “El experimento monetarista en Chile. Una síntesis crítica”. *Colección estudios CIEPLAN* n° 9, diciembre de 1982, pp. 5-40. estudio n° 65.

JOIGNANT, Alfredo y MENÉNDEZ, Amparo (1999). “*La caja de pandora: el retorno de la transición chilena*”. Planeta/Ariel, Santiago de Chile.

MOULIAN, Tomás (1997). *Chile. Anatomía de un mito*. ARCIS, Santiago de Chile.

PINTO, Anibal (1981). “Chile: el modelo ortodoxo y el desarrollo nacional”. *El Trimestre Económico*, Vol. 48, No. 192(4) (Octubre-Diciembre de 1981), pp. 853-902.

SALINAS ARAYA, Adán.

El modelo y el orden

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 11 N° 2 ISSN 0718-8382, Noviembre 2020, pp. 5-12

PNUD (1998). *Desarrollo humano en Chile. Las paradojas de la modernización*.

PORTALES, Felipe (1999) “*Chile: una democracia tutelada*”. Ed. Sudamericana, Santiago de Chile.

SCHKOLNIK, Mariana; TEITELBOIM, Berta (1988). *Pobreza y desempleo en poblaciones. La otra cara del modelo neoliberal*. PET, Academia de Humanismo Cristiano. Santiago de Chile.